

“LA ACCIÓN RESTRINGIDA”

Stéphane Mallarmé, 1897

Trad. española: “La acción restringida”, en *Stéphane Mallarmé en castellano, vol. III: Divagaciones*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998, pp. 227-232.

Varias veces llegó un Camarada, el mismo, este otro, para confiarme la necesidad de actuar: ¿qué pretendía? Como el dirigirse a mí anunció por su parte, también, en él, joven, la ocupación de crear, que parece suprema y triunfar con palabras; insisto, ¿qué quería decir expresamente?

Aflojar los puños, en ruptura de sueño sedentario, para un enfrentamiento a puntapiés con la idea, así como brota un ansia o moverse: pero esta generación parece poco agitada, más allá del desinterés político, por el afán de hacer disparates con el cuerpo. Salvo la monotonía, claro está, de enrollar, entre las corvas, sobre la calzada, con el instrumento favorito, la ficción de un deslumbrante riel continuo.

Actuar, sin esto y para quien no cree que el ejercicio empiece en el fumar, significó, te comprendo visitante, filosóficamente, producir en muchos un movimiento que te da, a cambio, la emoción de sentir que tú fuiste su principio, y por lo tanto existes: algo de lo cual, nadie de antemano cree estar seguro. Esta práctica comprende dos maneras; o, por una voluntad, ignorada, que dura toda una vida hasta el múltiple estallido –pensar, esto: de otro modo, los vertederos ahora al alcance para una previsión, periódicos y su torbellino, determinar en ellos una fuerza de sentido, cualquiera contrariada por muchos, con la inmunidad del resultado nulo.

Al gusto, según la disposición, plenitud, prontitud.

Tu acto siempre se aplica al papel; pues meditar, sin huellas, se vuelve evanescente, por más que se exalte el instinto en algún gesto vehemente y perdido que buscaste.

Escribir –

El tintero, cristal como una conciencia, con su gota, en el fondo, de tinieblas relativa a que alguna cosa sea: luego, aparta la lámpara.

Te diste cuenta, no se escribe, luminosamente, sobre un campo oscuro, el alfabeto de los astros, solo, se indica así, esbozado o interrumpido; el hombre prosigue negro sobre blanco.

Este pliegue de encaje oscuro, que contiene el infinito, tejido por mil, cada uno según el hilo o prolongamiento, ignorado su secreto, reúne arabescos distantes donde duerme un lujo por inventariar, estrige, nudo, follajes y presentar.

Con tan escaso misterio, indispensable, que subiste, expresado, un poco.

Ignoro si el Huésped circunscribe perspicazmente su predio de esfuerzo: me gustaría señalarle, también, ciertas condiciones. El derecho a no consumir nada excepcional o que rehuya las maniobras vulgares, se paga, en todos los casos, con la omisión de sí y, se diría, con la muerte como tal. Proezas, las ejecuta en el sueño, para no importunar a nadie; pero todavía el programa continúa expuesto para los que no le hacen caso.

El escritor, con sus males, dragones que ha mimado, o con un regocijo, debe instituirse, en el texto, como histrión espiritual.

Piso, araña de cristal, obnubilación de telas y licuefacción de espejos, en el orden real, hasta los saltos excesivos de nuestra forma encubierta en derredor de una detención, de pie, de la estatura viril, un Lugar se presenta, escena, engrandecimiento ante todos del espectáculo de Sí mismo; allí, en razón de los intermediarios de la luz, de la carne y de las risas el sacrificio que hace el inspirador, con respecto a su personalidad, culmina completo o bien, en una extraña resurrección, acaba con él: cuyo verbo repercutido e vano en lo sucesivo se exhala por medio de la quimera orquestal.

Una sala, él se celebra, anónimo, en el héroe.

Todo, como funcionamiento de fiestas: un pueblo da testimonio de su transfiguración en verdad.

Honor.

Buscad, por donde sea, algo semejante –

Se le reconocerá en estos inmuebles sospechosos que se destacan, por una sobrecarga en lo trivial, del común alineamiento, con pretensión de sintetizar los sucesos de un barrio; o, si algún frontispicio, conforme al gusto adivinatorio francés, aísla, en una plaza, su espectro, yo saludo. Indiferente a lo que, aquí y allá, se esparza como la llama de reducidas lenguas a lo largo de tuberías.

Así la Acción, en la forma convenida, literaria, no vulnera el Teatro; se limita en él a la representación... inmediato desvanecimiento de lo escrito. Que acabe, en la calle, en otro lugar, ésta, la máscara cae, nada tengo que ver con el poeta: perjura tu verso, solo está dotado de un débil poder exterior, preferiste alimentar el resto de intrigas cometidas al individuo. Para qué sirve precisarte, sabiendo desde niño, como yo, que solo conservé noción de ello por una cualidad o un defecto exclusivos de la infancia, este punto al que todo, vehículo o colocación, se ofrece ahora al ideal es contrario a él – casi una especulación, sobre tu pudor, para tu silencio – o defectuoso, no directo y legítimo en el sentido que hace un momento ha querido un impulso y viciado. Como nunca basta el malestar, voy a aclarar, seguramente, con digresiones próximas en cantidad necesaria, esta recíproca contaminación de la obra y de los medios: pero, antes, ¿no convino ampliamente que se

expresaría, al igual que un cigarro, mediante juegos circunvolutorios, cuya vaguedad, cuando menos, se trazara sobre la luz eléctrica y cruda?

Un delicado ha padecido, así lo espero –

Exteriormente, como el clamor de la inmensidad, el viajero percibe la angustia del silbato. “Sin duda”, se convence: “atavesamos un túnel – *la época* – éste, largo el último, que se arrastra bajo la ciudad antes de la estación omnipotente del virginal palacio central, que corona.” El subterráneo ha de durar, oh impaciente, lo que tu recogimiento en preparar el edificio de alto cristal enjugado con un impulso de la Justicia.

El suicidio o abstención, no hacer nada, ¿para qué? – Por única vez en el mundo, pues siempre en virtud de un acontecimiento siempre que explicaré, no hay Presente, no – no existe un presente. Por falta de que se manifieste la Muchedumbre, por falta – de todo. Mal informado quien se proclamase su propio contemporáneo, desertando, usurpando, con el mismo descaro, cuando ya cesó el pasado y tarda un futuro o ambos vuelven a entremezclarse en forma perpleja con el designio de enmascarar el distanciamiento. Fuera de los editoriales de los periódicos encargados de divulgar una fe en la nada cotidiana e inexpertos si el periodo de la calamidad es un fragmento, importante o no, de siglo.

Defiéndete, entonces, y mantén tu presencia.

La poesía, consagración; que intenta, en castas crisis y en aislamiento, mientras avanza la otra gestación en curso.

Publica.

El Libro, donde vive el espíritu satisfecho, en caso de malentendido, obligado uno por cierta pureza de retozo a sacudir lo importante del momento. Impersonificado, el volumen, igual que de él te separas como autor, no reclama aproximación de lector. Él, que te conste, entre los accesorios humanos, tiene lugar solo: hecho, siendo. El sentido soterrado se mueve y dispone, en coro, unas hojas.

Lejos, la soberbia de poner en entredicho, incluso en cuanto a los fastos, el instante: se comprueba que un azar niega en él los materiales de confrontación con ciertos sueños; o ayuda a una especial actitud.

Tú, Amigo mío, a quien no hay que deducir años ya que paralelos a la sorda labor general, el caso es extraño: te pido, sin juicio, por carencia de considerandos súbitos, que trates mi indicación como una locura, no lo escondo, rara. Sin embargo, la modera ya esta sabiduría, o discernimiento, de si no es mejor – en vez de arriesgar sobre un estado circundante cuando menos incompleto, ciertas conclusiones acerca del arte extremas que pueden deslumbrar, diamantinamente, desde ahora para siempre, en la integridad del Libro – ejecutarlas, pero y por un trastorno triunfal, con el

mandato tácito de que no exista nada, que palpite en el flanco inconsciente de la hora, mostrado en las páginas, diáfano, evidente, no la encuentre dispuesta; aunque, tal vez, no sea en otra donde deba iluminar.